



DOCUMENTO DE TRABAJO

28 de septiembre de 2022

La Tercera Asamblea Eclesial Nacional quiere ser un espacio de diálogo, escucha y consolidación de las búsquedas de renovación fruto de un largo camino sinodal de discernimiento que se inició en el 2018 (116ª Asamblea Plenaria extraordinaria) con el objetivo de hacer una mirada autocrítica de los aspectos estructurales que permitieron la ocurrencia y perpetuación del abuso en la iglesia chilena. Sobre estos aspectos, las comunidades han expresado un sentir compartido respecto de las conversiones y cambios que tenemos que asumir para cultivar formas más evangélicas de relacionarnos (más fieles a Jesucristo) y estructuras eclesiales que faciliten esas relaciones y pongan en el centro de la relación la dignidad de cada persona.

Este Documento de trabajo ha sido desarrollado por la Comisión de Metodología para la Tercera Asamblea Eclesial Nacional con la finalidad de interiorizar a los participantes en el camino que se ha recorrido para llegar hasta este hito nacional ('no partimos de cero'). No agota ni reemplaza la lectura personal de los Informes, más bien orienta el camino recorrido para comprender las opciones que han surgido hasta el momento.

Documentos de lectura complementaria (sí o sí):

- Informe de sistematización 2019
- Carta del papa Francisco al Pueblo de Dios que peregrina en Chile
- Informe diocesano al Sínodo (propia diócesis)
- Deseable: 2 informes de otras diócesis (a determinar por la comunidad)
- Informe de los obispos al Sínodo



I. **Algunos elementos importantes para conocer y comprender el camino recorrido.**

1. **Origen y etapa inicial del Proceso de Discernimiento (2018-2020)**

El Proceso de Discernimiento Nacional tiene su origen en la 116ª Asamblea Plenaria Extraordinaria de Obispos realizada en julio de 2018, encuentro que estuvo motivado por la gravedad y alcance de la crisis de los abusos de la Iglesia en Chile que, junto con las medidas adoptadas para la prevención de abusos, asumió el compromiso de “promover la participación de laicos y laicas en instancias eclesiales generando ambientes de sinceridad, franqueza y crítica constructiva junto a los consagrados, en una experiencia comunitaria como ‘pueblo de Dios’ [...] y hacer una mirada autocrítica de los aspectos estructurales que permitieron la ocurrencia y perpetuación del abuso en la iglesia”¹.

A ello hay que sumar la *Carta del Santo Padre Francisco al Pueblo de Dios que peregrina en Chile* (31 de mayo de 2018). La carta de Francisco nos instó a “llegar a las raíces que permitieron [...] tales atrocidades” y nos conminó a no encerrarnos en esquemas, modalidades, estructuras fijas o caducas, ni a bajar la guardia ante los acontecimientos, sino a “hacer justicia en la verdad y en la caridad, purificar del pecado y la corrupción e invitar siempre a la necesaria conversión”².

Es así como, a instancias del Proceso de Discernimiento, conducido por la Comisión Pastoral de Obispos de la Conferencia Episcopal, comenzó a abrirse lentamente en la Iglesia un camino de escucha y diálogo a nivel diocesano y nacional con agentes pastorales laicos y consagrados. Este proceso tuvo desde sus comienzos la conciencia de que debía involucrar a todo el Pueblo de Dios y la convicción de que “la valentía, el esfuerzo, la perseverancia y la esperanza de las víctimas tenía que dar paso a una transformación eclesial”³.

Durante el año 2019 se multiplicaron los diálogos a nivel local en y más allá de las estructuras tradicionales: capillas, parroquias, comunidades, colegios, santuarios, movimientos eclesiales, decanatos, diócesis. Los diálogos estuvieron inspirados en tres acciones para el discernimiento: reconocer, interpretar y elegir⁴ [RIE] que, a través de instrumentos didácticos (también llamados coloquialmente ‘los juegos del discernimiento’), permitieron el diálogo en las comunidades sobre: las ‘Relaciones interpersonales’, las ‘Estructuras y gestión’ y los ‘Signos de los tiempos’⁵.

¹ Declaración y compromisos de la 116ª Asamblea Plenaria Extraordinaria de Obispos, 2018.

² Carta del Papa Francisco, N° 2.

³ *Sistematización. Discernimiento eclesial 2019 –Informe de resultados–*. Santiago: Comisión Pastoral de Obispos, Conferencia Episcopal de Chile.

⁴ Los verbos fueron propuestos por el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* para realizar procesos de discernimiento. Cf. Francisco. 2013. Cf. *Evangelii Gaudium*, 51.-

⁵ Para mayor detalle acerca de este tiempo de trabajo puede verse el Informe de Sistematización 2019, pp. 15-21. Conviene volver a tener en cuenta estos tres propósitos o verbos en juego, pues constituyen un elemento clave de este



El trabajo fue registrado por los participantes y luego sistematizado y publicado por la Comisión Pastoral de Obispos de la Conferencia Episcopal de Chile en el libro *Sistematización. Discernimiento eclesial 2019 –Informe de resultados–*⁶, obra que constituye un testimonio histórico de los hechos y del espíritu de ese momento eclesial.

Los diálogos aportaron claridad sobre aspectos diversos de la vida eclesial relacionados con el tema de los abusos, contribuyendo a una mayor conciencia de las prácticas relacionales al interior de las comunidades en ámbitos como: la participación, las estructuras de colaboración, las prácticas caducas, y, sobre todo, pistas o signos acerca del rumbo que la Iglesia debía tomar, expresados como mayor cercanía, apoyo recíproco entre los diversos miembros del Pueblo de Dios, estilos de liderazgo creativos e inclusivos, consenso en la toma de decisiones, y una gran necesidad de formarse y renovar procesos, estructuras y prácticas pastorales total o parcialmente obsoletas. La situación de los abusos generó un fuerte llamado a la conversión y la necesidad de una reforma urgente se vinculó a una vuelta a las fuentes, expresadas como ‘centralidad de Cristo’, ‘vuelta a la Palabra’, ‘vida de oración’ y, a nivel organizacional, a una recuperación de un estilo participativo, de escucha y diálogo.

El ‘Estallido social’ y, luego, la crisis sanitaria, que impactó con gran profundidad la vida social, económica y eclesial en nuestro país, afectaron seriamente la continuidad del Proceso de Discernimiento y la aplicación de los instrumentos. Estos acontecimientos que remecerían la vida nacional marcaron también el tenor de las reflexiones en las comunidades. En efecto, en medio del estallido social en octubre de 2019, los diálogos sintonizaron con los temas que la crisis social estaba poniendo en el debate, como la desigualdad, el abuso, la injusticia, el atropello a los derechos de las personas y la exclusión como grandes dolores o heridas sociales.

Como quedó plasmado en el *Informe de Sistematización 2019*, se vio en el clamor social por dignidad y justicia un signo de los tiempos, que se expresó, por un lado, como “opción de Dios por la protección y cuidado del don sagrado que es la vida”; y por otro, como “creciente conciencia de la sociedad acerca de los derechos que deben ser garantizados para todas y todos por igual”, lo que se tradujo al lenguaje intraeclesial como “anhelo trascendente de fraternidad y comunión”⁷. Así, la renovación eclesial en fraternidad, en el reconocimiento de la igual dignidad de todos los fieles por el Bautismo y su derecho a la participación y a un ‘trato justo’, sintonizó con sus referencias a ‘vida digna’, ‘justicia’, ‘acceso al bienestar’ como temas centrales en las manifestaciones sociales.

proceso visto ahora no solo como respuesta a los abusos, sino como experiencia genuina de sinodalidad: Reconocer, en verdad y autenticidad, sin prejuicios, lo que nos pasa, por qué nos pasa y hacia dónde nos sentimos movidos; Interpretar, a la luz de la Palabra y al servicio del Reino de la vida, la voz o acción de Dios en aquello que hemos reconocido; Elegir, como ejercicio de auténtica madurez, libertad personal y comunitaria, las opciones que responden en fidelidad al proyecto de Dios.

⁶ http://discernimiento.cl/docs/Sistematizacion_Discernimiento_Eclesial_2019_Informe_de_resultados.pdf. En adelante: Informe de Sistematización 2019.

⁷ Informe de Sistematización 2019, p.80.



Como señaló el *Informe de Sistematización 2019*, “frente a grupos sistemáticamente excluidos como muchos de los señalados por las comunidades –mujeres, personas en situación de pobreza, pueblos originarios, diversidad sexual, personas privadas de libertad, infancia y juventudes– estos valores [los del Reino] no son abstracciones, sino un llamado concreto al respecto irrestricto y valoración de todas las personas, sin distinción”⁸. Este aspecto tiene una gran relevancia que aparecerá ampliamente en los informes sinodales realizados en las diócesis, que bien podría resumirse en el imperativo evangélico de erradicar toda forma de abuso en la sociedad y en la Iglesia y toda forma de discriminación arbitraria⁹.

Conviene destacar que la crisis sanitaria en medio del conflicto social en Chile, lejos de “hacernos olvidar la crisis eclesial”, evidenció la fragilidad de las comunidades (la gran mayoría adultos mayores) y la urgente necesidad de reestablecer vínculos en la sociedad, renovar las estructuras y procedimientos que promuevan el surgimiento de nuevos liderazgos y la adaptación a nuevos métodos para el acompañamiento de la fe de las personas en sus situaciones vitales.

2. Continuidad del camino sinodal (2021-2022)

La consulta para la Asamblea Eclesial Latinoamericana¹⁰ y la convocatoria a la etapa diocesana del Sínodo de la sinodalidad¹¹ supusieron a la Conferencia Episcopal y a las propias diócesis, el desafío de articular los procesos en un solo camino sinodal de diálogo, escucha y discernimiento, sin perder de vista las opciones para perseverar en la renovación de la Iglesia en Chile.

Es importante reconocer que ‘no partimos de cero’. El camino sinodal de este tiempo ha estado marcado por la experiencia diocesana de reencuentro, participación, diálogo y escucha; además de la profundización en los hallazgos del discernimiento nacional (*Informe de sistematización 2019*). Este proceso (diverso en forma, alcance y profundidad) ha sido registrado en los Informes sinodales diocesanos (27) y en el Informe de los obispos al Sínodo.

⁸ *Informe de Sistematización 2019*, p.80.

⁹ Cf. *Informe de Sistematización 2019*, p.81.

¹⁰ En la Asamblea participaron de modo formal cerca de 70.000 personas, 45.000 en espacios comunitarios, alrededor de 10.000 de modo individual, y cerca de 15.000 en foros temáticos propuestos y organizados por el propio Pueblo de Dios, organizaciones de la Iglesia u otras instancias afines, más una cantidad imposible de establecer con certeza (probablemente decenas de miles de personas) que no fueron registradas de modo formal. Un aspecto interesante en la participación chilena, probablemente motivada por caminos diversos de convocatoria, fue la integración de orgánicas no habituales en el común de las consultas diocesanas (Mujeres Iglesia, Red Nacional de Laicas y Laicos de Chile, otras asociaciones de laicos(as) y diversas orgánicas autoconvocadas).

¹¹ Según los datos entregados por las diócesis, en esta etapa participaron alrededor de 30.000 personas en Chile, la gran mayoría vinculada a espacios parroquiales o de colegios.



Las comunidades han expresado -de distintas maneras- la necesidad de una conversión profunda que ‘ponga a Jesús en el centro’ de la vida de la Iglesia e impulse a construir con decisión, una manera más sinodal de ser y hacer Iglesia.

Los casos de abuso que han salido a la luz han provocado una herida profunda, con serias consecuencias: fe frágil, desconfianza, falta de compromiso y de empoderamiento. El fuerte impacto de la crisis eclesial en las comunidades eclesiales es asociado a un sentimiento de “rabia, malestar y vergüenza” por una crisis que se ha vivido con “negligencia, negación y encubrimiento”. A esto mismo se atribuye el distanciamiento de numerosos fieles y la desafección de los jóvenes con la Iglesia.

Hay conciencia generalizada de la fragilidad de la Iglesia y sus miembros. Una percepción de baja participación de los sacerdotes y diáconos en el proceso sinodal y desconfianza en estos procesos de consulta y participación “que quedan en nada”. Hay urgencia por hacerse cargo, dejar los diagnósticos y “hacer algo”. En ello radica para muchas personas, la esperanza de la participación, pues las comunidades están cansadas de las consultas que no se concretan en decisiones y acciones y, por lo mismo, se manifiestan escépticas frente a “cómo sigue” el actual proceso.

Los informes constatan expectativas de una mayor sinodalidad. Se expresa que para vivir una Iglesia sinodal (relaciones más evangélicas, estructuras más sinodales) hay decisiones y transformaciones para las cuales “ya no hay más tiempo”: la participación laical institucionalizada, la urgente incorporación de los jóvenes, el protagonismo de la mujer en la toma de decisiones, el uso de los medios digitales como experiencias posibles para la evangelización, la renovación de métodos y medios para la preparación de sacramentos, la prevención de abusos y la promoción de ambientes bien tratantes, el compromiso permanente con el cuidado de las personas y su entorno natural y cultural. Resuena fuertemente la necesidad de promover una pastoral que dialogue y acompañe las realidades actuales, así como las nuevas configuraciones familiares y la diversidad, especialmente la sexual, y la generación de estructuras “menos cerradas” que posibiliten la participación activa de todo el Pueblo de Dios.

Se reconoce que el clericalismo invisibiliza al Pueblo de Dios, porque algunos se perciben superiores a otros y genera dinámicas de dependencia e infantilización del laicado que impide la vivencia de una fe madura. Como dice Francisco: “La Iglesia necesita que Ustedes saquen el carné de mayores de edad, espiritualmente mayores, y tengan el coraje de decirnos, ‘esto me gusta’, ‘este camino me parece que es el que hay que hacer’, ‘esto no va’... Que nos digan lo que sienten y piensan. Esto es capaz de involucrarnos a todos en una Iglesia con aire sinodal que sabe poner a Jesús en el centro”¹².

Lo que se espera son relaciones sinodales, de buen trato, con la libertad que da el discernimiento realizado en el Espíritu. Así lo expresa uno de los informes: “Salir de la autocom-

¹² Carta del Papa Francisco, N°1.



placencia, de la incapacidad de tolerar una actitud crítica al interior de las comunidades eclesiales, de mantener un discurso políticamente correcto, para quedar bien con quien ostenta el poder, sea o no parte del clero, religioso(a) o bien laico(a). Es importante reconocer que el Espíritu Santo sopla transversalmente sobre la integridad del Pueblo de Dios, y que nos permite encontrar la lucidez para reconocer y superar los fallos y profundizar en la práctica de la fe”.

También hay un reconocimiento de que el laicado tiene gran parte de responsabilidad en que el clericalismo persista; ya el *Informe de Sistematización 2019* advertía del clericalismo que promueven los propios laicos(as). Los participantes del proceso sinodal señalaron la falta de iniciativa y de empoderamiento en los asuntos eclesiales, su poco compromiso y el no querer “hacerse problemas”, pues es más cómodo dejar que el sacerdote “se encargue de todo”. Se manifiesta que “ha sido un error la educación antigua que veía a los curas como personas perfectas y superiores”.

Se habla de una “psicología de elite”. No solo de la jerarquía, sino de la Iglesia como un todo, cuando “se cree perfecta, poseedora de la verdad”, cuando “tiene una actitud moralista que desde un podio juzga y critica la vida y la manera de ser y de pensar de los hermanos”. Así también, esta situación de elite aparece en el lenguaje que utilizamos, que suponemos entendible, pero que a menudo es extraño para la mayoría. Este encierro de la elite se da cuando “entendemos nuestra misión en relación al mundo solo como enseñar, guiar, iluminar; sin dar espacio a la posibilidad de ser guiados, iluminados, aprender”.

Es posible reconocer en los informes el anhelo de ser una Iglesia sencilla, más humilde, que deje de ser la que juzga, excluye, la que todo lo sabe. Así, reconociendo la propia fragilidad, la Iglesia no es solo la que llama a la conversión, sino la que se siente ella misma llamada a la conversión.

Más que una actitud de unos o de otros, constatamos la existencia de una cultura eclesial demasiado pesada, a la que le cuesta la transformación. No podemos perder de vista que algunos elementos de esta cultura desafían el desarrollo más pleno de la eclesiología del Pueblo de Dios y la necesidad de tomar en serio la presencia del Espíritu Santo que hace posible el “instinto de la fe” en todos los creyentes (uno de los frutos más preciosos de la unción bautismal), y que regala dones y carismas a su Iglesia para el bien de todos.

Se insiste en que “todo esto no puede quedar en nada”, que tiene que haber acciones transformadoras y estructuras afectadas por estas acciones. Es evidente la desconfianza -especialmente de los agentes pastorales- en los resultados de estos procesos de consulta y participación que se limitan a documentos exhortativos que no se concretan o se asumen débilmente. Tenemos que hacernos cargo de la claridad con la que los fieles han visto los focos problemáticos y sus posibles soluciones.

Todos los informes, con distintos matices, plantean caminos de salida semejantes: más formación para los agentes pastorales y renovación para la catequesis. En esta última,



las ideas de renovación están asociadas a nuevas metodologías, uso de las tecnologías, renovación de agentes pastorales y revisión de los tiempos asociados a la preparación de los niños en el contexto de la realidad familiar actual. Se descubre como elemento común en la formación, que esta se constituye como una vía necesaria para la conversión de la Iglesia: desde su autocomprensión -eclesiológica- hasta el desarrollo de habilidades que permitan construir relaciones más sanas y ambientes eclesiales bien tratantes.

3. Una Iglesia sinodal, profética y esperanzadora

“La sinodalidad representa el camino a través del cual la Iglesia puede renovarse por la acción del Espíritu Santo, escuchando juntos lo que Dios tiene que decir a su pueblo”¹³. “Todo el Pueblo de Dios comparte una dignidad y una vocación común a través del Bautismo. Todos estamos llamados, en virtud de nuestro Bautismo, a participar activamente en la vida de la Iglesia. En las parroquias, en las pequeñas comunidades cristianas, en los movimientos de laicos, en las comunidades religiosas y en otras formas de comunión, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, todos estamos invitados a escucharnos unos a otros, para oír los impulsos del Espíritu Santo, que viene a guiar nuestros esfuerzos humanos, introduciendo vida y vitalidad a la Iglesia y llevándonos a una comunión más profunda para nuestra misión en el mundo. Mientras la Iglesia emprende este viaje sinodal, debemos hacer todo lo posible para arraigarnos en experiencias de auténtica escucha y discernimiento, encaminándonos a convertirnos en la Iglesia que Dios nos llama a ser.”¹⁴

La renovación de la Iglesia en Chile pasa por fomentar relaciones más evangélicas y crear una verdadera cultura sinodal, que asegure la participación amplia del Pueblo de Dios, que facilite y promueva el compromiso de todos sus miembros, para construir estructuras y relaciones sanas que faciliten el encuentro con el Dios de la Vida¹⁵.

La Iglesia, pueblo profético, ungido por el Espíritu Santo está llamada a discernir sinodalmente los signos de los tiempos para dar testimonio de la esperanza del Evangelio en medio del mundo. “Una Iglesia profética y, por tanto, esperanzadora reclama de todos una mística de ojos abiertos, cuestionadora y no adormecida”¹⁶.

¹³ Vademécum para el Sínodo de la sinodalidad (<https://www.discernimiento.cl/docs/Vademecum-ES-FULL.pdf>).

¹⁴ Ídem.

¹⁵ Informe de los obispos al Sínodo.

¹⁶ Carta del papa Francisco, N° 1.



II. **Núcleos para el discernimiento en la Tercera Asamblea Eclesial Nacional (III AEN)**

No nos demos más vueltas e ‘hinquemos el diente’ en algunos de los temas que el proceso ha ‘puesto sobre la mesa’.

Para la definición de los núcleos de la III AEN se ha tomado en consideración la relación al interior de las comunidades eclesiales -especialmente la relación entre el clero y el laicado- y algunas realidades que nos interpelan como Iglesia que, como hemos ido evidenciando en las notas anteriores, se obtienen del informe de sistematización, los informes diocesanos y el informe nacional de los obispos al Sínodo, además de la experiencia propia de los participantes.

A. **Núcleos para el ámbito de las relaciones al interior de la comunidad eclesial**

Las menciones en los informes diocesanos a la crisis de los abusos, al clericalismo, a la convivencia en nuestras comunidades, la participación, el diálogo, la transparencia, el ejercicio de la autoridad y el uso del poder, evidencian que lo que más daña la vida de la comunidad son las relaciones humanas que no se sustentan en el respeto y la valoración del otro como un hermano y hermana en Cristo.

Se distinguen problemas especialmente relacionados con laicos(as) y consagrados(as) en cargos de responsabilidad pastoral. De ellos se dice que se “aferran en un puesto o cargo” y se habla de “endiosamiento” y “creer que solo nuestra opinión vale”. Liderazgos así “no dejan crecer a otros y generan temor entre los miembros de la comunidad”. Entre las causas más frecuentes se señalan el individualismo, el clericalismo, el mal uso del poder, la falta de diálogo, en resumen, todo aquello que no expresa la igualdad bautismal y la fraternidad cristiana: “Hace falta sincero diálogo entre laicos y sacerdotes, entre sacerdotes y sus diáconos y entre los clérigos en general con el pueblo fiel”; “del mismo modo, se hace urgente trabajar en la fraternidad, tanto para recuperarla, como para vivirla. Se agradece los espacios de encuentro que existen en nuestra diócesis y que debieran seguir fomentándose”; “al mismo tiempo que nuestra igual dignidad, nos une nuestra igual fragilidad, la vulnerabilidad que nos acompaña siempre como creaturas. A partir de aquí tomamos conciencia de que nos necesitamos unos a otros. Así como lo ha dejado claro la pandemia en el sentido de que ‘nadie se salva solo’”.

Conviene señalar que muchas diócesis hacen referencia al establecimiento de procedimientos mencionados en las orientaciones relativas a la calidad y el servicio pastoral



que establece el documento Integridad en el Servicio eclesial (ISE)¹⁷. Por ejemplo, en la definición de roles y funciones, la selección de personas, la duración y rotación de cargos, la evaluación, la formación integral de los agentes de pastoral. Lo mismo sucede con respecto a las orientaciones relativas al encuentro con otros (“cultura del buen trato”) y el compromiso con la justicia y la equidad.

Los consejos pastorales y económicos en todos sus niveles (parroquial, decanal, zonal y diocesanos) son espacios donde se pueden llevar adelante estas buenas prácticas y se les puede valorar como auténticos órganos de sinodalidad.

Por lo tanto, los espacios y las formas de participación, la toma de decisiones fruto del consenso, están asociados a procesos de gestión participativos, informados y transparentes, como también, a una supervisión permanente de la gestión pastoral, económica y administrativa que realizan clérigos, laicos(as) o consagrados(as).

A continuación, presentamos brevemente seis aspectos que afectan las relaciones al interior de la Iglesia y que los informes destacan como “importantes de tratar” si queremos dar pasos concretos para crecer en sinodalidad:

1. Participación y representatividad

En la vida eclesial, la participación activa de todo el Pueblo de Dios genera ambientes fraternos, de sinceridad y crítica constructiva, donde todas y todos se sientan escuchados y puedan expresar sus anhelos, dolores y esperanzas en libertad y comunión. De esta forma, somos corresponsables en la construcción de los caminos que recorre nuestra Iglesia en orden a su misión evangelizadora. Es un gran remedio al clericalismo y un gran empuje a la sinodalidad.

Esta participación es representativa cuando en cada instancia o estructura eclesial, se integran con fundamento en su dignidad bautismal y de acuerdo a sus diversos servicios y ministerios, todos y todas las que forman parte de la vida de la Iglesia, a través de mecanismos, formas y espacios acordados.

Para el discernimiento:

- ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige este desafío?
- ¿Qué experiencias concretas (cosas que se están haciendo -en la Iglesia o en otros ambientes o desde otras disciplinas-) pueden aportar “solución” o “novedad” para tratar este tema en la Iglesia?
- ¿Qué nuevas acciones podríamos realizar?

¹⁷ <http://www.iglesia.cl/prevenirabusos/documentos/ise.pdf>



2. Construcción de consensos y toma de decisiones

Una Iglesia sinodal debería tener estructuras en las que todos los bautizados y bautizadas tengan participación amplia, definida en todas las etapas del proceso que conduce a la toma de decisiones, pasando por el conocimiento de las situaciones que requieren discernimiento, las diversas perspectivas que están en juego, la colaboración en las propuestas de solución y, finalmente, en la toma de las decisiones. Lo mínimo deseable es que todos/as los que han participado del proceso la sientan “suya” la decisión y les haga sentido la expresión de los Hechos de los Apóstoles: “El Espíritu Santo y nosotros...”. Se hace particularmente relevante la participación de las mujeres en esta instancia.

Así también, necesitamos aprender a construir consensos. El asentimiento mayoritario de quienes participan en el discernimiento con las decisiones finales es síntoma de un buen proceso. Dotados por una intuición sobrenatural para las cosas de la fe (*sensus fidei fidelium*), precisamos buscar juntos las formas para que este sentido se exprese en nuestras prácticas cotidianas. De ahí el carácter comunitario de estos procesos, la riqueza de las diversas visiones y estados en la Iglesia. Esto supone aprender a dialogar aceptando posturas diversas y valorándolas como una riqueza. Puede desarrollarse, por ejemplo, en las reuniones de Consejos Pastorales Parroquiales, en la constituciones de órganos de diálogo como el Consejo pastoral Diocesano, en los nombramientos de nuestros pastores y otros servicios eclesiales, en general en todo acuerdo en instancia eclesial que requiera procesos de discernimiento para ser más fieles al Evangelio y mejorar nuestro servicio al mundo.

Para el discernimiento:

- ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige este desafío?
- ¿Qué experiencias concretas (cosas que se están haciendo -en la Iglesia o en otros ambientes o desde otras disciplinas-) pueden aportar “solución” o “novedad” para tratar este tema en la Iglesia?
- ¿Qué nuevas acciones podríamos realizar?

3. Transparencia, rendición de cuentas y supervisión (accountability)

Los procesos pastorales y de gestión deben ser lo más transparente posible, claros y directos. La transparencia y la rendición de cuentas se asocia no solo a la comunicación oportuna y clara sobre el uso del dinero o los bienes en la Iglesia sino también a procesos informados sobre las decisiones que involucran y afectan a la comunidad. Por ejemplo, resoluciones públicas en casos de abusos, selección de personas para servicios pastorales, entre otros.

Que estos procesos sean informados y se promueva una comunicación efectiva a través de la utilización de todos los canales, medios y formas establecidas, contribuye a la trans-



parencia y a fortalecer el sentido de pertenencia de la comunidad. Evaluar es fundamental para la transparencia en el servicio eclesial, generando procesos que permitan, desde criterios y tiempos compartidos, supervisar la gestión y acción pastoral, los diversos ministerios y servicios eclesiales y la corrección fraterna comunitaria. “Un desafío no menor en este ámbito, es formar a los fieles para la sinodalidad, en vistas de una actitud más corresponsable de todos en la vida de la Iglesia y de un mejor ejercicio de la autoridad”¹⁸.

Para el discernimiento:

- ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige este desafío?
- ¿Qué experiencias concretas (cosas que se están haciendo -en la Iglesia o en otros ambientes o desde otras disciplinas-) pueden aportar “solución” o “novedad” para tratar este tema en la Iglesia?
- ¿Qué nuevas acciones podríamos realizar?

4. Dinámicas relacionales y manejo de conflictos

La vida eclesial es intrínsecamente comunitaria. La necesidad de vincularse con los demás tiene un anclaje antropológico indudable, que expresa parte de la naturaleza de la vida eclesial.

Conviene recordar que cada uno se relaciona desde su propia identidad aportando riqueza a los demás y ayudando al desarrollo de otras identidades. “Todos los miembros de la Iglesia dependemos los unos de los otros, no solo por cuestiones estructurales, sino porque nuestra identidad y misión estarían incompletas sin vínculos recíprocos. Por eso estamos invitados a comprender la comunión no solo como una armonía entre todos, sino como un llamado a poner en común el don que cada uno ha recibido de Dios”¹⁹.

Nos relacionamos desde lo que somos, desde nuestra propia identidad, vinculándonos con otras personas en lo cotidiano y poniendo en común nuestros afectos, valores, actitudes y opciones. No hay laicado auténtico y maduro sin relación con los ministros ordenados y miembros de la vida consagrada, y viceversa. No nos necesitamos solo porque estemos en una tarea común, sino porque no podríamos ser lo que somos sin el aporte de otros.

Indudablemente, las relaciones no siempre son fáciles o fluidas, los conflictos están presentes en la vida eclesial porque son parte de la vida misma y afectan la comunión. Por ello, reconocer que hay conflictos y un manejo adecuado de ellos, será el paso decisivo para su resolución madura y dialogada, donde cada uno sabe que en la solución de una dificultad hay que estar dispuestos a ceder algo para ganar todos en orden al bien común o a la salud del cuerpo, comunitaria y fecunda. Solo así los conflictos se transformarán en aprendizajes del Pueblo de Dios en su camino al Reino.

¹⁸ Informe de los obispos al Sínodo.

¹⁹ Idem.



Debemos avanzar hacia una mirada que ve y asume los conflictos no como algo que necesariamente quiebra la comunión, sino como una posibilidad de crecimiento y de profundización de una comunión que no es solo una armonía entre quienes conforman la comunidad eclesial, sino poner el común el don que cada uno ha recibido.

Para el discernimiento:

- ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige este desafío?
- ¿Qué experiencias concretas (cosas que se están haciendo -en la Iglesia o en otros ambientes o desde otras disciplinas-) pueden aportar “solución” o “novedad” para tratar este tema en la Iglesia?
- ¿Qué nuevas acciones podríamos realizar?

5. Liderazgo para el servicio

El liderazgo debe ser siempre vivido en la Iglesia como servicio, al estilo de Jesús. Es necesario insistir en esto pues, a menudo, encontramos en las comunidades liderazgos autoritarios, excluyentes, autorreferentes, que las dañan profundamente. Siempre será más fecundo y evangélico un liderazgo basado en la construcción de consenso y no en la imposición –o persuasión– de una idea, propuesta, etc., por buena que sea.

Es por eso que necesitamos avanzar hacia un liderazgo sinodal que pone a las personas y a la comunidad en el centro. Un liderazgo dialogante, permeable a las críticas, capaz de “construir con otros”, consciente de que sus ideas o perspectivas son una entre otras y que el mejor bien para la comunidad resulta del encuentro de todas las visiones. Se cumple en esto que “el todo es superior a las partes”; un liderazgo que busca siempre el bien de todas y todos, que se inspira siempre en el liderazgo de Jesús. Un liderazgo que puede ser ejercido también por equipos y no solo por individuos.

Para el discernimiento:

- ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige este desafío?
- ¿Qué experiencias concretas (cosas que se están haciendo -en la Iglesia o en otros ambientes o desde otras disciplinas-) pueden aportar “solución” o “novedad” para tratar este tema en la Iglesia?
- ¿Qué nuevas acciones podríamos realizar?

6. Celebración litúrgica

Es necesario prestar atención a nuestras celebraciones litúrgicas, pues ellas pueden ser espacios poco sinodales en el lenguaje, los signos, el espacio sagrado, el modo de celebrar.



El desafío es cómo hacemos para que la liturgia integra adecuadamente la participación de todos, desde la diversidad de ministerios litúrgicos, a fin de que ella exprese todo su sentido. Así también, surge el desafío de modos de celebrar que logren conectar la fe y la vida.

Necesitamos discernir las actitudes y los pasos que se pueden dar para hacer de la liturgia un lugar donde todos se sientan incluidos; un lugar donde se manifieste con claridad que es todo el pueblo sacerdotal el que celebra.

Para el discernimiento:

- ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige este desafío?
- ¿Qué experiencias concretas (cosas que se están haciendo -en la Iglesia o en otros ambientes o desde otras disciplinas-) pueden aportar “solución” o “novedad” para tratar este tema en la Iglesia?
- ¿Qué nuevas acciones podríamos realizar?

B. Núcleos de relaciones que desafían a la Iglesia hoy

En la percepción de las comunidades, una de las causas asociadas a la crisis eclesial es la “debilidad en la fe y en la fidelidad a Jesús”²⁰. Es posible distinguir en los informes el anhelo fundamental de ‘poner a Jesús en el centro’ de la vida de la Iglesia o ‘recomenzar desde Cristo’. Esta expresión que ya encontramos en *Aparecida*²¹, la releemos aquí como la clave que nos permite interpretar todas las conversiones. “La necesidad de volver a poner a Jesús en el centro aparece con fuerza. Esto implica vivir al estilo de Jesús, aprendiendo de su palabra y obra. Teniendo como modelo a Jesús y su evangelio, volver a lo esencial, que es el encuentro con Él”²².

La esperanza y el reencuentro, sentarse a conversar con otros “mirándonos a los ojos”, nos encamina a la experiencia comunitaria, a ser Iglesia. Somos testigos de que, desde hace tiempo, el Pueblo de Dios clama por regresar a los orígenes evangélicos de las primeras comunidades: “miren como se aman”, “ponían sus bienes en común”, “se preocupaban de la viuda y del huérfano”, “hacían oración en comunidad”, “todos estaban al servicio de

²⁰ Informe de Sistematización 2019, p. 43.

²¹ DA 12,41,549

²² Expresiones similares encontramos en variados informes: el centro de nuestra renovación eclesial no puede ser otro que el mismo Jesucristo. Muchas de las reflexiones expresadas por escrito y oralmente dan claves explícitas de este camino a seguir: “volver a las raíces”, “dejar que el Espíritu Santo actúe”, “fiel a Cristo, aunque sea [una Iglesia] pequeña”, ser una Iglesia “acogedora, fraterna y abierta a todos”, “caminar juntos con transparencia, con honestidad... [una Iglesia] que rinda cuentas, autocrítica... que prime el deseo de servir”. Una hermana de una comunidad lo expresó con lucidez: “solo el testimonio de mi vida puede cambiar la mirada de la Iglesia. La centralidad es Cristo, su mensaje dado para ser difundido a todo el mundo. La iglesia hoy es más administradora que evangelizadora.”



todos”. Cristo es el centro de la vida comunitaria. En el mismo tenor, encontramos esta afirmación en algunos de los informes haciendo referencia a las primeras comunidades y a la Palabra de Dios, y en otros, de manera indirecta o con otras imágenes, como la del cuerpo y sus miembros de 1 Corintios 12,12.

Las comunidades coinciden en la necesidad de ser una Iglesia más inclusiva. Y esto, porque existe una percepción de que, o bien la Iglesia ha excluido a algunos, o bien, ha habido personas que se han autoexcluido de una institución que ya no les era significativa. El desafío de una mayor inclusividad no tiene que ver solo con ampliar el abanico de las personas que debemos acoger, sino con la toma de conciencia de que a la Iglesia le tienen que importar todos y todas.

Se hace necesario que la Iglesia sea un espacio “donde las personas se sientan cómodas, donde puedan expresar sus opiniones, sentimientos y creencias sin que sean juzgados”, “verdaderos espacios de diálogo sincero, libre, transparente”, “espacios sanadores para todos y todas”.

A continuación, una breve descripción de nueve realidades que desafían hoy la misión evangelizadora de la Iglesia y su relación de servicio al Pueblo de Dios.

1. Relación con quienes más sufren

Estar al lado de los más pobres, de los que más sufren, aparece como la razón fundamental del dinamismo de salida de la Iglesia. No podemos quedarnos esperando que ellos lleguen: debemos salir a buscarlos para acompañarlos, ayudarlos, tratarlos con dignidad. Y esto porque sus necesidades son una urgencia que no puede esperar.

Es conmovedora la amplitud con que aparecen aquellos a quienes somos llamados a acompañar: “todo el que sufre”, “debemos acompañar todo dolor”. Probablemente el contexto de pandemia ha puesto de relieve la urgencia de atender todo tipo de necesidades: físicas, emocionales y espirituales; preocuparnos de la salud integral de las personas.

En ese sentido, somos invitados también a “asumir nuestro propio dolor: de laicas y laicos, consagrados y consagradas, sacerdotes, diáconos y obispos; [ese] será un camino de humanización”. Y, “precisamente, esta conciencia de las propias llagas es la que nos puede volver a introducir en el camino de la empatía hacia los que sufren”.

- **Las personas migrantes:** “Desde el reconocimiento de la presencia enriquecedora de los hermanos y hermanas migrantes, estamos invitados a acogerlos desde la valoración de su experiencia de fe y su cultura”. La Iglesia en Chile debiera hacer “una clara opción por los migrantes, su integración en la comunidad y la ayuda en sus necesidades”.



- **Las personas de la tercera edad**, que quedan excluidas en esta sociedad de rendimiento, que son tratadas como descartables y que, a menudo, viven su vejez en una situación de soledad y abandono.
- **Las personas dependientes de alcohol y drogas:** es una realidad que quiebra a las personas y sus familias, y que avanza con una fuerza que parece imparable afectando, de modo especial, a los jóvenes.

Para el discernimiento:

- ¿Qué veo, qué siento frente al sufrimiento de otras personas?, ¿qué juicios tengo al respecto?
- ¿Estamos haciendo lo suficiente por quienes más sufren? ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige el compromiso de optar por los que más sufren?
- ¿Qué cosas que se están haciendo -en la Iglesia o en otros ambientes- contribuyen a una relación más humana (integral) con quienes más sufren?
- ¿Qué acciones nuevas podríamos realizar?

2. Relación con las víctimas de abuso y la prevención

Entenderemos por sobrevivientes o víctimas de abuso en la Iglesia a aquellas personas que han sufrido abuso sexual, de poder o conciencia, por parte de clérigos, consagrados(as) y laicos(as). Muchas de estas personas han sido o siguen siendo, miembros de nuestras comunidades. Son hermanos y hermanas a las que se les ha causado daño y un enorme dolor; tal vez el mayor de ellos es que no se les ha escuchado o, habiéndolos escuchado, no se les ha creído.

En los informes pocas veces aparece una valoración real de la seriedad con que hemos asumido el tema de los abusos. Es cierto que todavía falta mucho, pues la crisis de los abusos está lejos de ser superada. Todavía no hay una respuesta satisfactoria para las víctimas ni para las comunidades heridas. Incluso debemos reconocer que tal respuesta satisfactoria es una necesidad también para los victimarios. Sin embargo, es injusto no reconocer el camino realizado y la necesidad de seguir avanzando en esta dirección. Los documentos institucionales son el testimonio esperanzador del esfuerzo silencioso de un trabajo laborioso que también ha contado con la colaboración de víctimas sobrevivientes de abuso eclesial.

En coherencia con el pleno desarrollo de una eclesiología del Pueblo de Dios se afirma la convicción de que la superación del clericalismo es el remedio más efectivo contra los abusos²³. Dicho esto, es necesario hacerse cargo de que los anhelos²⁴ de verdad (base

²³ Cf. Módulo 1 de la Formación de Formadores en Prevención de Abusos.

²⁴ “En respuesta a la crisis de los abusos, existe un anhelo transversal por avanzar en verdad, justicia y transparencia.



de todo proceso de sanación y renovación eclesial), justicia, transparencia y reparación frente al fenómeno de los abusos en la Iglesia siguen siendo un clamor. Por lo tanto, hay que continuar con lo que hoy día se está haciendo en materia de buenas prácticas e implementar con urgencia aquello que falta en los siguientes ámbitos:

- Establecimiento de una institucionalidad mínima
- Conocimiento y aplicación de los protocolos
- Formación de agentes pastorales en prevención de abusos
- Implementación del documento ISE (Integridad en el Servicio Eclesial)
- Aplicación de medidas de reparación
- Establecimiento de organismos de supervisión

Para el discernimiento:

- ¿Qué me pasa frente a este tema?, ¿qué siento?
- ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige responder a los anhelos de verdad, justicia, reparación y transparencia?
- ¿Qué cosas que se están haciendo -en la Iglesia o en otros ambientes- aportan(o aportarían) a generar una cultura de respeto y buen trato en nuestras comunidades?
- ¿Qué nuevas acciones podríamos realizar?

3. Relación con la mujer

La pregunta y los cuestionamientos sobre el rol, la participación y la importancia de la mujer se han instalado con fuerza en la sociedad occidental durante, al menos, los últimos 50 años. Y lo mismo ocurre en nuestra Iglesia, sobre todo, en el contexto de una fuerte presencia femenina en los distintos ámbitos pastorales y la instalación de demandas por más justicia y equidad con la mujer.

Las mujeres surgen como sujetos protagónicos en el proceso sinodal, tanto desde su numérica participación, superior a los varones, como por su rol activo en las comunidades. En los informes aparece, sobre todo, la necesidad de participación de las mujeres en las estructuras de decisión.

Aquí aparece una disonancia relevante: mientras en la sociedad el protagonismo de la mujer se va manifestando con claridad, en la Iglesia es un dinamismo débil todavía.

Ahora bien, tal como ha afirmado el papa Francisco, “el papel de la mujer en la Iglesia no

Por un lado, las comunidades manifiestan altas expectativas en lograr que la Iglesia esté libre de toda forma de abuso, ligado a un profundo deseo de justicia. Este no solo se expresa en un clamor que demanda la reparación del daño causado a las víctimas, sino también en la aplicación rigurosa de las sanciones o penas correspondientes a las faltas o delitos cometidos”. (*Informe de Sistematización 2019*, p.47)



es feminismo, ¡es un derecho! Es un derecho de bautizada con los carismas y los dones que el Espíritu ha dado”²⁵. Y en este sentido, no debemos reducir la discusión sobre el rol de la mujer en la Iglesia a la causa feminista, sino más bien abordarlo desde la fe. Como señala la teóloga Ilaria Morali: “La solución, en consecuencia, no se ha de buscar fuera, en teorías e ideologías ajenas a la fe, de naturaleza jurídica, sociológica o antropológica, sino que debe encontrarse en el interior. Se trata de volver a descubrir lo que ya es parte del patrimonio de la fe, y de discernir cómo leer ese patrimonio en relación a la Iglesia del tiempo de hoy”²⁶.

Ahora bien, no basta con una nueva actitud hacia ellas; se necesitan nuevas estructuras que posibiliten y promuevan ese protagonismo. Se valoran los pasos dados hasta ahora: mujeres que han asumido roles importantes en las diócesis como delegadas pastorales o administradoras parroquiales en el país. No obstante, el desafío es grande.

Para el discernimiento:

- ¿Qué me pasa, qué siento frente al tema de la mujer en la Iglesia?, ¿qué valoro?
- ¿Qué cosas que se están haciendo -en la Iglesia o en otros ambientes- pueden aportar a generar una relación más plena con la mujer en la Iglesia?
- ¿Qué pasos se pueden y deben dar para “una presencia femenina más incisiva en la Iglesia”? (allí donde se toman decisiones importantes, en los diversos ámbitos de la Iglesia).

4. Relación con personas con diversas orientaciones sexuales

En la línea de una Iglesia inclusiva y acogedora, ha resonado de manera particular en el camino sinodal la necesidad de abrirse a las personas de la llamada diversidad sexual, que se han sentido muchas veces juzgadas o incomprendidas en la Iglesia.

En consonancia con lo que ha pasado en la cultura, parece importante que la comunidad eclesial haga gestos concretos e impulse iniciativas en este campo, para que también quienes se comprenden parte de la diversidad sexual puedan beber de las fuentes del Evangelio, insertas en la Iglesia, y desde allí alimenten su vida en todas sus dimensiones.

En el discernimiento episcopal se ha expresado la necesidad de que la Iglesia en su conjunto pueda estudiar este tema y sus implicancias pastorales. Surgen interrogantes sobre cómo abordar al mismo tiempo la acogida a la diversidad sexual y la verdad sobre el matrimonio y la sexualidad propias de la antropología cristiana. Está también la cuestión sobre el tipo de estructuras pastorales y la relación con el resto de la comunidad que supone una apertura en este campo, toda vez que la experiencia eclesial específica frente a este desafío es escasa.²⁷

²⁵ Papa Francisco. Discurso a la UISG, 12 de mayo de 2016.

²⁶ Ilaria Morali, “El papel de la mujer en la Iglesia”, en: https://www.unisabana.edu.co/fileadmin/Archivos_de_usuario/Documentos/Documentos_visita_del_papa/El_papel_de_la_mujer_en_la_Iglesia.pdf

²⁷ Informe de los obispos al Sínodo.



Para el discernimiento:

- ¿Qué siento frente a la diversidad?, ¿qué miedos y aprehensiones tengo?
- ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige ser una Iglesia más respetuosa y acogedora?
- ¿Qué cosas que se están haciendo -en la Iglesia o en otros ambientes- pueden ayudar a generar más apertura con quienes se sienten excluidos por su orientación sexual
- ¿Qué acciones nuevas podríamos realizar?

5. Relación con los Jóvenes

En los informes se constata la baja participación de los jóvenes en las parroquias y el consiguiente envejecimiento de la Iglesia. Por otro lado, se percibe una dificultad para acogerlos, por una cultura eclesial adultocéntrica. Distinguimos un vínculo entre generaciones diversas, donde apreciamos que, en muchas ocasiones, existe una brecha o contraste generacional que nos sitúa desde horizontes, lenguajes, comprensiones y anhelos distantes o, al menos, diferentes.

Ahora bien, más que traer a los jóvenes a la Iglesia se trata de salir a su encuentro: valorar sus búsquedas, sus maneras de pensar y entender la vida. Ese encuentro puede transformarse en contexto de nuestra conversión: de nuestros métodos, de nuestras actitudes de acogida, de nuestra liturgia, de los niveles de transparencia y verdad, etc. “Sentimos desafiante generar un camino de comunión entre jóvenes y adultos, que nos valoremos y respetemos en la diversidad de opiniones y opciones de vida”. No es meramente un cambio adaptativo a los jóvenes, sino una conversión al Evangelio que permita a la Iglesia y su propuesta seguir siendo significativos, con un mensaje que tiene algo que aportarles.

Es imprescindible una presencia de los jóvenes que favorezca su protagonismo, con participación en las instancias de gestión y decisión en la Iglesia: “Darles mayor participación en la planificación de la vida parroquial, [pues, a menudo,] no se les integra en lo previo sino solo para acatar lo que los adultos indiquen”. Es necesario “dejar a los jóvenes frente a la Iglesia como fuerza que viene para enfrentar el futuro, ellos tienen la fuerza para cambiar”.

Esta conversión es relevante, también, porque “hoy más que nunca los jóvenes nos reclaman la coherencia de vida, tanto a los laicos como a los sacerdotes y consagrados; que lo que se predica se viva profundamente en la vida concreta”. En esta coherencia que nos exigen, es relevante la inclusión de todos y todas, especialmente de las personas de la diversidad sexual, de los que piensan diferente, la cercanía con los más pobres.

Es relevante ser creativos en la pastoral que les ofrecemos, puesto “que la vida sacramental o de iniciación cristiana no agota la vida pastoral de jóvenes”. El desafío, por tanto, es “buscar -junto con ellos- espacios sociales, políticos, culturales, deportivos, etc., donde



Jesucristo y la Iglesia estén presentes en cada uno de ellos”. Por eso, se hace necesario “proponer un itinerario formativo que sea significativo para sus procesos vitales, con continuidad, metodologías nuevas, y comenzando desde temprana edad. Debemos superar el esquema habitual de preparación a los sacramentos solamente”.

Para el discernimiento:

- ¿Qué valoro de los jóvenes?, ¿qué me incomoda de ellos?, ¿en qué espacios eclesiales siento que son realmente escuchados y tienen protagonismo?
- ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige la relación con los jóvenes?
- ¿Qué cosas que se están haciendo -en colegios, universidades, en las parroquias o en otros ambientes- pueden aportar a generar una relación más rica entre las generaciones que conviven en la Iglesia?
- ¿Qué acciones nuevas podríamos realizar?

6. Relación con la familia en sus múltiples desafíos y transformaciones

La realidad de la familia ha cambiado, desde la familia nuclear tradicional, fundada en el Sacramento del Matrimonio y la familia extendida que reunía bajo una mismo techo a distintas generaciones, y transmitía la catequesis, las devociones y las prácticas de la fe, hasta la presencia de familias monoparentales, atomizadas, de algunas que han renunciado o han delegado en otros (colegios, redes sociales, etc.) la transmisión de la fe; familias atravesadas por la realidad del trabajo extenuante, familias diseminadas en diferentes países por el fenómeno de la migración, familias que nacen desde la experiencia de la diversidad o divergencia sexual.

En medio de estas nuevas configuraciones para la convivencia humana, la Iglesia persevera afirmando la buena noticia de la familia como Iglesia doméstica, buena noticia anunciada desde los primeros tiempos; vocación para vivir encarnadamente el misterio trinitario, comunidad de amor, escuela de fraternidad, don y desafío para ser vivido en medio de los nuevos contextos sociales que abarcan un espectro poliédrico de relaciones que van desde los modelos de gestión individual de los asuntos, hasta las formas nuevas y diversas de asociatividad.

Es interesante lo vivido en la pandemia en que el hogar fue un espacio de oración, celebración de la fe, diálogo creyente. Y, por eso mismo, fue un dinamismo misionero que llegó a miembros de la familia que habitualmente no participaban en la Iglesia. Apareció de manera muy concreta la “iglesia doméstica”.

El Papa Francisco ha insistido en la centralidad de la conciencia personal y en buscar en todos los casos “el bien posible”. Esto vale tanto cuando se hace mención a los jóvenes y su lento camino de maduración,²⁸ como cuando se refiere a las “más diversas situaciones

²⁸ *Christus Vivit*, 232.



que afectan a la familia” que “sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día”²⁹.

Para el discernimiento:

- ¿Qué cambios he visto en “la familia”?, ¿qué valoro de esos cambios?, ¿qué me incomoda de esos cambios?
- ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige “la familia” hoy?
- ¿Qué cosas que se están haciendo -en la Iglesia o en otros ambientes- pueden aportar a empatizar mejor con las familias y sus múltiples desafíos y realidades?
- ¿Cómo podemos integrar más o acoger mejor nuevas realidades de familia? ¿Qué acciones nuevas podríamos realizar?

7. Relación con el país en sus procesos sociales y políticos

“La sociedad chilena ha vivido una profunda crisis social y política en los últimos años, crisis que todavía no parece encontrar un cauce que permita dar una respuesta más plena a las demandas y anhelos expresados por los ciudadanos. La Iglesia, aun viviendo su propia crisis, ha acompañado este tiempo histórico con la Palabra de Dios y su acción solidaria; y aunque no aparece con el protagonismo de otros tiempos, la acción de muchos fieles y sus comunidades es un signo auténtico del compromiso eclesial con el bien común.”³⁰

En medio de las búsquedas, tensiones y esperanzas que agitan a la sociedad chilena, guiados por los principios de la Doctrina Social de la Iglesia y como parte constitutiva de su experiencia de fe, católicas y católicos están desafiados a comprometerse en la construcción de una sociedad basada en la búsqueda del bien común, más justa, fraterna y solidaria, caracterizada por una convivencia basada en la libertad, la paz y el respeto a todas las personas, a su dignidad y derechos.

La relación intrínseca de la vida y misión de la Iglesia con los procesos sociopolíticos y la promoción de la participación social, ciudadana y política, nos interpela a actuar en distintos ámbitos, desde los espacios de vida más cercanos a la experiencia cotidiana, como las comunidades, localidades y territorios, hasta el ámbito nacional y los grandes temas estructurales, como la pobreza, la desigualdad y la participación democrática, la desconfianza, interés individual, hasta incluso aquellos temas de carácter global que inciden vitalmente en la cotidianeidad de comunidades y personas a nivel mundial, tales como los conflictos bélicos, las migraciones forzadas y los desastres socioambientales, en el marco de la crisis climática y ecológica que afecta al mundo de hoy.

²⁹ *Amoris Laetitia*, 308.

³⁰ Informe de los obispos al Sínodo.



Una Iglesia en salida, comprometida, esperanzadora, trabaja en conjunto con otros, en redes de colaboración. Y, desde la humildad y fragilidad propias, aporta y también aprende de los otros. “Pido a Dios que prepare nuestros corazones al encuentro con los hermanos más allá de las diferencias de ideas, lengua, cultura, religión”³¹. “Anhelo que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad. Entre todos: He ahí un hermoso secreto para soñar y hacer de nuestra vida una hermosa aventura. Nadie puede pelear la vida aisladamente. Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia adelante”³².

Para el discernimiento:

- ¿Qué me resuena de la situación actual del país?
- ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige participar del actual proceso social y político del país?
- ¿Qué experiencias conozco de integración, de mutua colaboración, de proyecto común entre la Iglesia y otros organismos sociales (católicos o no)?
- ¿Qué cosas nuevas pueden aportar a la construcción de paz en el escenario sociopolítico actual?

8. Relación con el medio ambiente

Una dimensión especialmente sensible en la actualidad, es la preocupación por el cuidado del medio ambiente y el reconocimiento de los derechos sociales que permita en el país un mayor respeto a la dignidad humana de todos.

Cuidar de la dignidad de cada persona implica, necesariamente, cuidar de nuestra Casa Común. Una Iglesia sinodal, profética y esperanzadora debe asumir este desafío de manera más activa, pasando de las palabras a los hechos y teniendo muy presentes a quienes hoy compartimos la Casa común y a quienes mañana lo harán (generaciones futuras).

Como bien ha planteado el Papa Francisco, “no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental [que exige] una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza”³³. El Papa Francisco, que en su encíclica *Laudato si'* había mostrado cómo el hambre, las guerras, las migraciones y el cambio climático estaban interconectados, recordó desde Asís que “el grito de los pobres y el grito de la tierra son el mismo grito”, llamando a preferir, entre las soluciones medioambientales, aquellas que “reducen la miseria y las desigualdades”³⁴.

³¹ *Fratelli Tutti*, 254.

³² *Fratelli Tutti*, 8.

³³ *Laudato Si'*, 139.

³⁴ Francisco en el Encuentro con economistas jóvenes. Asís, 24 de septiembre de 2022.



Una economía que se inspira en la dimensión profética se expresa hoy en *una nueva visión del medio ambiente y de la tierra*. Debemos caminar hacia esa armonía con el medio ambiente, con la tierra³⁵.

“El ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos, y no podemos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a las causas que tienen que ver con la degradación humana y social”³⁶.

Hoy, tenemos la obligación de escuchar el clamor de la tierra, de cuidarla y cuidarnos fraternalmente.

Para el discernimiento:

- ¿Qué es lo que más me resuena de este llamado al cuidado de la casa común?, ¿con quiénes relaciono este tema?
- ¿Qué actitudes, qué cambios nos exige cuidar de la Casa común?
- ¿Qué cosas que se están haciendo -en la Iglesia o en otros ambientes- pueden ayudar a asumir una nueva relación entre el desarrollo, la pobreza y el cuidado del medio ambiente?
- ¿Qué acciones nuevas podríamos realizar?

9. Relación con la cultura y la transmisión de la fe

“La Iglesia fundada por Jesucristo peregrina en medio del mundo y, por lo mismo, debe saber dialogar con el entorno en el cual desarrolla su misión. Esto le exige una renovación constante para comprender el lenguaje propio de la cultura y, desde allí, proclamar a Jesucristo como camino de vida, para transformar la realidad. Allí también, en la cultura, ella escucha los llamados de Dios para renovar sus propios caminos”³⁷.

La piedad popular se “transforma en la riqueza de nuestra Iglesia”, presencia dinámica del Espíritu de Dios que se expresa a través de lenguajes propios para la transmisión y vivencia de la fe: en bailes religiosos y peregrinación a los santuarios marianos, en el canto a lo divino y la religiosidad vinculada a la tierra, al sol y al mar. Una buena noticia donde el baile y la alegría renovadora permiten la vinculación con lo sagrado. Es importante “situar la piedad popular no solo como tema, sino también como realidad eclesial e identidad de la propia espiritualidad. Además de reanimar el deseo de conocer y vivir más nuestra fe desde este lugar teológico.”

Varios informes diocesanos destacan con preocupación que estamos ante una verdadera urgencia evangelizadora, por las grandes dificultades y deficiencias que viven en nuestra

³⁵ Ídem.

³⁶ *Laudato Sí*, 48.

³⁷ Informe de los obispos al Sínodo.



cultura los procesos de transmisión de la fe. De igual modo, hay una urgencia educativa, porque la educación queda reducida frecuentemente a una comprensión utilitarista y funcional, y no se desarrolla suficientemente su carácter integral y su servicio a la formación de la persona.

Es preciso una mención particular a la formación y la catequesis, ampliamente abordadas en el camino sinodal como renovaciones eclesiales urgentes. Nuestra primera formación, independiente de la calidad, rigurosidad o finalidad que haya perseguido, no nos ha capacitado suficientemente para responder de la mejor forma a la sociedad en que vivimos y anunciar en medio de ella íntegramente el Evangelio. Por eso, la formación no puede quedar restringida solamente a preparar a los agentes pastorales o ser diseñada para el desarrollo intelectual de las personas, sino que tiene que contribuir al fortalecimiento de una identidad discipular más consistente, que suscite cristianos convencidos y convincentes de su fe, cuya misión arrancará del encuentro con Cristo.

Asimismo, somos desafiados a “empeñarnos cada vez más en comunicarnos de mejor manera, tanto al interior de la Iglesia (en nuestras diversas unidades pastorales) como hacia fuera de ella (medios de comunicación social) y utilizar más los medios tecnológicos como lo tuvimos que vivir en medio de la pandemia”. La crisis sanitaria nos obligó a acelerar el tranco en este sentido y muchos agentes pastorales desarrollaron habilidades para utilizar las tecnologías de la comunicación como medios válidos para la evangelización y la vida comunitaria.

Para el discernimiento:

- ¿Qué cambios culturales reconozco como aquellos que más nos desafían?, ¿qué valoro de esos cambios?, ¿qué me desanima?
- ¿Qué actitudes nos exige esta permanente renovación?
- ¿A qué cosas que se están haciendo tenemos que darle decididas fuerzas?
- ¿Qué acciones nuevas podríamos realizar?

Estamos llamados a “ser y hacer” para que Dios pueda seguir dando vida. La posibilidad de repensar, junto a todo el Pueblo de Dios, el servicio que debemos desarrollar, los cambios que debemos realizar y el reconocimiento de los avances, aparecen como un verdadero regalo del amor de Dios. Nuestras comunidades tienen puestas sus esperanzas en este proceso: quieren ver una Iglesia cercana, inclusiva, servicial, misionera, acogedora, una Iglesia que sea un espacio para vivir la fidelidad al querer de Dios.

“...Pero creo sinceramente que Jesucristo quiere una Iglesia atenta al bien que el Espíritu derrama en medio de la fragilidad: una Madre que, al mismo tiempo que expresa claramente su enseñanza objetiva, «no renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino»”³⁸.

³⁸ *Amoris Laetitia*, 308.

